



## Pentecostés

Cuando era niño, tuve como catequista a un sacerdote muy bueno. Él quería explicarnos el misterio del Espíritu Santo: quién es y cómo actúa. Para nuestra gran alegría, llegó con un balón de fútbol. Pensábamos que nos iba a llevar a jugar fuera. Pero el balón era en realidad un accesorio destinado a ayudarnos a comprender la persona del Espíritu Santo.

El balón no estaba inflado y, por tanto, era inservible. Recuerdo que todos le rogamos que lo inflara, porque sin aire era inútil. Así que el sacerdote sacó una bomba y lo llenó de aire. En unos instantes, el balón estaba precioso y listo para usar. Nuestros rostros se iluminaron de alegría.

El sacerdote explicó que el Espíritu Santo es como el aire que llena el balón. Nadie lo ve, pero sabemos muy bien que está ahí con nosotros. Él ES. Sin aire, el balón no es más que una piel flácida. No es él mismo. El aire escondido en su interior le da su forma. Y una vez lleno, se vuelve hermoso y puede cumplir su misión.

Este balón es como la comunidad de la Iglesia, llena del Espíritu Santo. Es Él quien hace brillar a la Iglesia con su resplandor espiritual y su belleza oculta, permitiéndole servir a los demás.

El balón se compone de muchas piezas cosidas entre sí. Cada pieza es diferente: una es brillante y nueva, otra está marcada por numerosas patadas, una está sucia y otra lleva la firma de una estrella de fútbol. Pero cada una es importante y necesaria. Cada una tiene su propio valor, su propia belleza y su propia historia. Juntas, forman una comunidad: la Iglesia.

Nuestras comunidades Fe y Luz forman parte de esta gran comunidad de la Iglesia. Son un reflejo de ella. Gracias al Espíritu Santo, descubrimos nuestra belleza y nuestras heridas. En las comunidades y en la Iglesia, aprendemos a alegrarnos, a celebrar, a perdonar y a ser fieles en nuestra presencia. Y todo esto es posible gracias al acompañamiento del Espíritu Santo.

Todas las piezas del balón están unidas por un hilo invisible. Este hilo las conecta, las une. Este hilo es el vínculo del amor, mantenido y construido desde dentro por la persona del Espíritu Santo. Gracias a su presencia, que nos une, la Iglesia se convierte en algo más que un grupo de personas reunidas: se convierte en comunión.

Gracias al Espíritu Santo, las comunidades Fe y Luz se convierten en lugares donde se construyen relaciones, vínculos y amistades. El balón inflado se vuelve flexible, listo para ser utilizado. Del mismo modo, el Espíritu Santo nos hace flexibles: nos abre a los hermanos y hermanas que encontramos. Nos enseña a escucharnos. Ablanda lo que hay de rígido en nosotros y rompe lo que es duro y fijo.

También fue Él (el Espíritu Santo) quien un día nos condujo hacia las comunidades Fe y Luz, a mi comunidad y a la comunidad de la Iglesia. Es allí donde Él nos forma y nos hace amigos de Dios y del prójimo.

Y por eso, que Dios sea glorificado.

**Padre Łukasz Matkiewicz**  
**Consiliario de la Provincia Polonia Sur**

